

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Jordi-Agustí Piqué, monje de Montserrat
8 de julio de 2012
Ez 2, 2-5; 2 Cor 12, 7-10; Mc 6, 1-6.

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

El evangelio de hoy sigue redaccionalmente al que escuchábamos el domingo pasado (la curación de la hija de Jairo) y precede al de la misión de los doce. Así pues estamos en un contexto de manifestación de Jesús en medio de su pueblo: Jesús se da a conocer como aquel que cura, se manifiesta como Señor que desvela del sueño de la muerte y como aquel que reúne a las doce tribus de Israel para que reciban la Buena Nueva del Evangelio.

Pero a pesar de todo ello, el fragmento de hoy presenta un tema importante: el rechazo ante la predicación. Jesús, el Nazareno, en Nazaret no encuentra fe. Las curaciones y los milagros hechos en su pasar en medio de los suyos no producen ningún efecto. Las grandes parábolas de la predicación de Jesús no son asimiladas. Jesús mismo se sorprende de la falta de fe que encuentra en medio de su pueblo.

Un escritor-filósofo del siglo veinte escribía que «hubo un tiempo en que los hombres salían a recorrer el mundo para aprender qué era el miedo; después llegó un tiempo en que había que aprender qué era la esperanza; ahora, sin embargo, es el tiempo en que no se sabe ni siquiera dónde encontrar una razón para la esperanza ... (Cf. Ernst Bloch) ».

Y ya el profeta Ezequiel pre-anunciaba al pueblo el hecho esperanzador que Dios irrumpe en su realidad. Una realidad de dolor, de dominación y de desierto, que puede parecer estéril y que lleva al cansancio y a la torpeza: Ellos, te hagan caso o no te hagan caso (pues son un pueblo rebelde), sabrán que hubo un profeta en medio de ellos.

No sé si nuestro tiempo es más un tiempo del filósofo o un tiempo del profeta. Nuestra historia también tiene sus esclavitudes y sus ídolos y sus períodos de desencanto. El cansancio y la pesadez definen el estado de ánimo de muchos cristianos, que conociendo a Jesús, no llegan a tener fe. Decir Dios, hoy se hace difícil y a veces hasta imposible. Nuestras seguridades y nuestros falsos trascendentes nos adormecen y nos hacen miedosos a la hora del testimonio. Los falsos antídotos del fútbol o de la política nos obnubilan pero no nos serenán. Y hoy como en todo tiempo, si no es en Dios, ¿dónde encontraremos la razón de nuestra esperanza?

Jesús nos presenta su presencia sanadora en medio de su pueblo. A pesar de la duda, nos da la curación de su cruz para sanar las mordeduras de la vida. Porque en él se cumple la palabra del profeta, incluso la del rechazo: el abandono que experimentará en la cruz es la máxima identificación con lo que nosotros mismos somos, y en esta identificación está la gracia de la salvación. Sólo en Cristo podemos anunciar a nuestro tiempo la revelación definitiva del nombre de Dios como Padre; tanto si escuchamos como si no; tanto si nos escuchan como si no: porque la parábola de la semilla de mostaza, o la del sembrador, en su dinámica, encuentran su cumplimiento en Cristo mismo. No encuentran confirmación en la cantidad, en la eficiencia, en el número de frutos obtenidos en la cosecha: encuentran cumplimiento en la fe en Jesús.

Y hoy, quizás como nunca, lo tenemos que creer desde la escasez de los resultados, desde la propia pobreza de la fe, con la confianza y la serenidad de quien se sabe en

manos de otro. Pero hay que creer también con fuerza y con valentía, porque la tarea es ardua y la cruz no se nos ahorra. Lo tenemos que hacer con el corazón lleno del gozo profundo y sincero de quien sabe que ha sido tomado por Cristo, y por lo tanto hemos sido identificados con él, a su muerte y resurrección.

Os invito hermanos y hermanas a acercaros en este tiempo de verano a la zarza de nuestro corazón, lugar donde Dios se revela a cada uno de nosotros y a abrir el entendimiento a la revelación definitiva de Jesucristo, y empaparnos de su serena esperanza.

Contemplemos ahora a Cristo en la Eucaristía que celebramos, ofreciendo por Él al Padre lo que somos inspirados por su Santo Espíritu. Amén.